

LOS INDIOS DE LOS ARCHIPIELAGOS DE LA PATAGONIA UN CASO DE ADAPTACION A UN AMBIENTE ADVERSO*

INTRODUCCION

DOMINIQUE LEGOUPIL**

La Patagonia está dividida, geográficamente, en dos regiones diferentes: al Este, por el lado del Atlántico, se encuentra la región de la gran pampa, frecuentada antiguamente por los grupos de cazadores llamados "indios a pie" y actualmente ocupada por inmensos rebaños de ovejas; y, al Oeste, hacia el Pacífico se extiende sobre casi 1600 km de Norte a Sur, desde el paralelo 42° Sur hasta el cabo de Hornos, el laberinto de archipiélagos, hoy en día casi desiertos, por donde antaño se desplazaban los indios nómades llamados "canoeros".

Cuando los navíos europeos comenzaron a frecuentar la región, luego del viaje de Magallanes, tres grupos indígenas principales compartían los archipiélagos: al Norte los Chonos, al centro los Alacalufes y al Sur los Yámanas. Estos últimos representan el grupo indígena más austral del mundo, el único que ha vivido más allá del paralelo 54° Sur. (Fig. 1)

A fines del siglo XVIII el grupo de los Chonos ya había desaparecido, probablemente absorbiendo por el pequeño núcleo de población blanca instalado en la Isla Grande de Chiloé, que cons-

tituye el límite septentrional de los archipiélagos. Al término del siglo XIX se calculaba aún en algunos millares la cantidad de Alacalufes y de Yámanas que recorrían la región central y sur. Hoy en día sólo sobreviven algunos mestizos y unos cincuenta Alacalufes, ahora sedentarios, establecidos cerca de la pequeña aldea de Puerto Edén y prácticamente olvidados de su propia cultura.

En la actualidad, los archipiélagos están prácticamente desiertos. La población blanca de la Patagonia está repartida, principalmente en la pampa oriental y, más aún, concentrada en la ciudad de Punta Arenas, que cuenta con casi el 75% de la población de la Patagonia chilena.

La incapacidad de los blancos para adaptarse por sí mismos a la región marítima donde había sobrevivido por milenios una importante población indígena nos llevó a investigar, por una parte, la causa de las dificultades encontradas por los europeos y, por otra, las razones económicas, técnicas y sociales que permitieron a los indios "canoeros" salir adelante.

Las dificultades encontradas por el hombre en los archipiélagos de la Patagonia radican esencialmente en su configuración geográfica y geomorfológica y en su clima.

La base de la estructura social de los canoeros se reducía a un núcleo familiar más o menos amplio, compuesto por el hombre, la esposa, los hijos, a veces un abuelo o una cuñada, que en tal caso, podía desempeñar el papel de segunda esposa, aun cuando la regla general fuera la monogamia. Según los navegantes, la fami-

* Versión reducida y modificada del artículo publicado en francés en Les Annales de la Fondation Fyssen, N° 1. 1984, con el título: "Les indiens des archipels de Patagonie; un cas d'adaptation spécifique à un environnement exceptionnel".

** Investigadora del Centre National de Recherche Scientifique, Laboratorio de Etnología Prehistórica, 3, Rue Michelet 75006, París. Sus trabajos de terreno en Magallanes cuentan con el patrocinio del Instituto de la Patagonia de la Universidad de Magallanes.

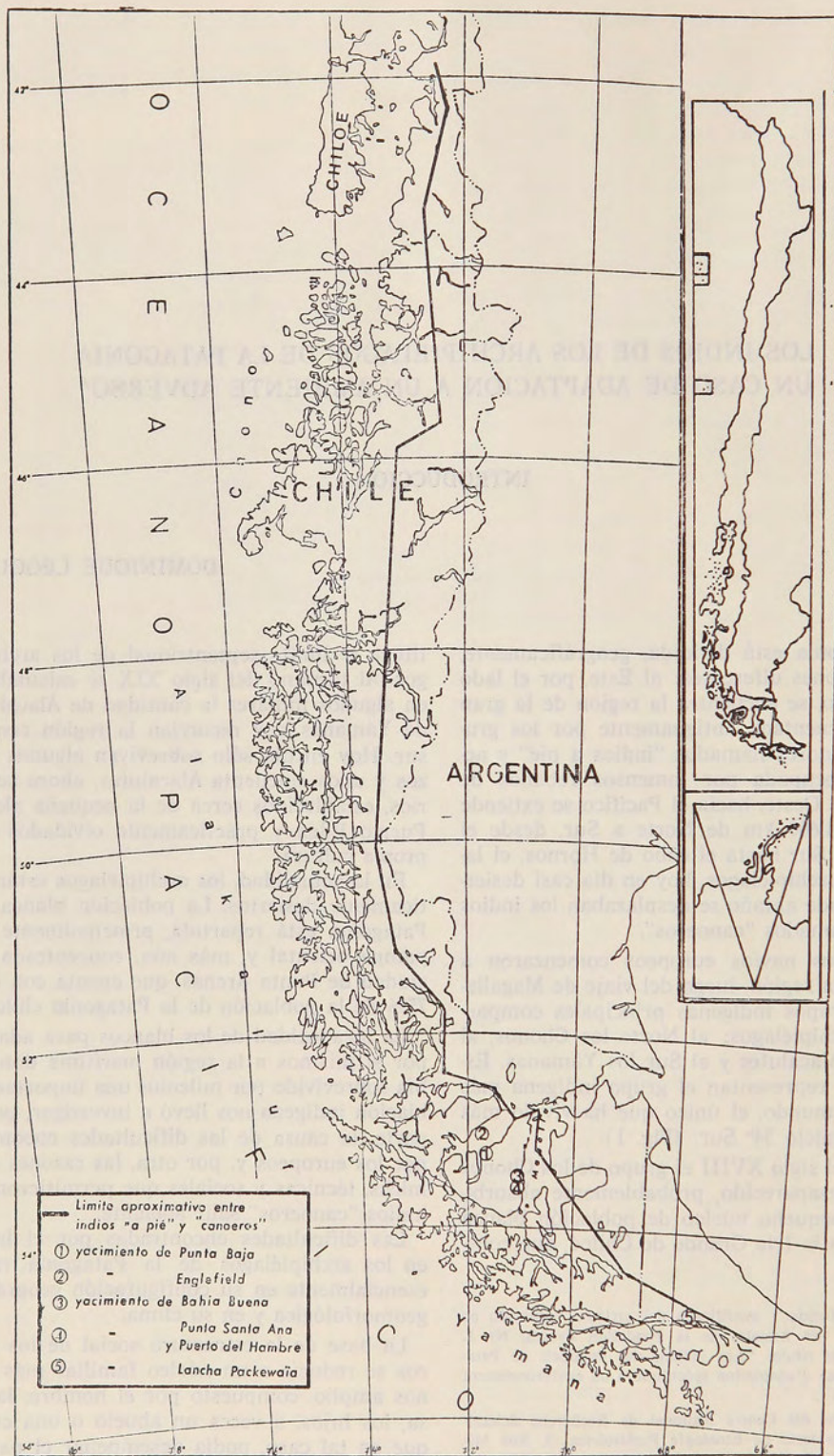


Fig. 1: Distribución de los indios "canoeros" y de "a pie" en la época histórica y ubicación de los principales yacimientos arqueológicos de pescadores, excavados en los archipiélagos.

lia así constituida podía agrupar seis a siete personas y, a veces, ocurría que dos familias viajaran juntas (lo que hace suponer que los lugares de campamentos temporalmente escogidos eran relativamente ricos en fauna marina).

Muchos aspectos de la vida de los indios "canoeros" nos resultan aún desconocidos. Nuestras principales informaciones etnográficas sólo datan de fines del siglo XIX, comienzos del XX y las informaciones de los navegantes, de dos o tres siglos más antiguas son, a menudo, muy breves. Las excavaciones arqueológicas, ya bastante antiguas en las regiones pampeanas, son todavía escasas en los archipiélagos y sólo alcanzan a algunas regiones privilegiadas relativamente accesibles. Nuestra preocupación se ha concentrado, desde 1980, en buscar nuevas huellas del modo de vida de los indios "canoeros", principalmente por estudios arqueológicos en la zona del seno Otway donde, con anterioridad, había trabajado el arqueólogo francés J. Empeiraire. Esta región, limítrofe de la pampa, pertenece a la zona llamada "de los mares interiores", descubierta solamente en el siglo XIX y corresponde, por lo tanto, al hábitat del grupo alacalufe.

Sólo parece posible adoptar, en la región, una economía predatoria y es ése el modelo económico desarrollado por los indios desde los tiempos más remotos (entre cuatro y ocho milenios) hasta la época histórica. Todos los campamentos excavados hasta ahora (desgraciadamente son pocos) permiten reconstituir un modo de vida basado sobre la explotación de los mamíferos marinos (lobos, delfines, cetáceos), de aves marinas (cormoranes, pingüinos, patos marinos); mariscos (choros, lapas, mauchos) y algo de pesca y de caza (nutrias, ocasionalmente cérvidos).

RESULTADOS DE LAS EXCAVACIONES

El primer campamento que excavamos durante tres años consecutivos (de 1980 a 1983) ha sido datado por el método del radiocarbono, en unos 280 a 70 años A.P. y nos ha aportado numerosos datos sobre los indígenas del siglo XVII, especialmente en lo que concierne a su régimen alimentario y a sus utensilios. Este yacimiento, Punta Baja, está situado en la desembocadura de un fiordo del seno Otway, antiguo lago glacial puesto en comunicación con el océano Pacífico hace unos diez a quince mil años. Esta región forma la transición entre la pampa y los archipiélagos propiamente dichos, pero pertenece al territorio de los indios "canoeros", por su carácter netamente marino, que

hace necesario el uso de una embarcación. (Fig. 2.)

La situación del yacimiento ha variado probablemente poco en tres siglos. El campamento está instalado sobre una pequeña terraza marina a dos metros sobre el nivel del mar, a la orilla de la playa (lo que permitía, simultáneamente, vigilar la embarcación y las eventuales presas marinas), sobre el lado protegido de la caleta, allí donde la resaca es más débil y, por lo tanto, resulta más fácil atracar; finalmente, al pie de un pequeño refugio rocoso que protege la terraza de los vientos dominantes del oeste.

El inventario de las herramientas contenidas en el yacimiento revela principalmente la existencia de una industria sobre huesos (en mandíbulas y costillas de cetáceos, costillas de pinípedos, tibias, húmeros y radios de aves) y obsidiana.

Es este último material el que ha servido, casi exclusivamente, para confeccionar las numerosas puntas bifaciales encontradas en el yacimiento. Se supone que éstas (ya sean de lanza o de flecha) sirvieron para cazar al único animal terrestre que frecuentaba esta zona limítrofe: el huemul (*Hippocamelus bisulcus*), un pequeño cérvido andino, o para cazar aves. La existencia de estos objetos, excepcionales en un yacimiento de pescadores, y la de sus desechos de fabricación, prueban que los indios "canoeros" sabían, no sólo utilizar, sino también fabricar estas armas típicas de los indios cazadores de la pampa. Además de las puntas, algunos perforadores de obsidiana y pulidores de esquisto, lo esencial del material lítico del yacimiento está constituido por varios cientos de cantos rodados, de los cuales, un gran número sirvió como percutores.

La industria del hueso (arpones, punzones, retocadores, espátulas, perlas, etc.) es mucho más característica de estos grupos de pescadores; en particular el arpón, que se encuentra bajo una forma más o menos diferente en todos los yacimientos "canoeros", puede ser considerado como su signo distintivo. Servía, según navegantes y etnólogos, para cazar lobos y, ocasionalmente, delfines e incluso ballenas. (Figs. 3 y 4)

El estudio de los antiguos yacimientos conocidos en la región revela la constancia de este inventario técnico del equipamiento de los indios pescadores. En efecto, se vuelven a encontrar los mismos utensilios (cuya forma es lo único que varía un poco) en el yacimiento de Englefield explorado en 1952 por J. Empeiraire y datado, por entonces, en ocho o nueve milenios. Como recientemente se presentaran problemas de datación acerca de este sitio, considerado como el más antiguo de la zona, emprendimos en 1984 la excavación de otro yacimiento simi-

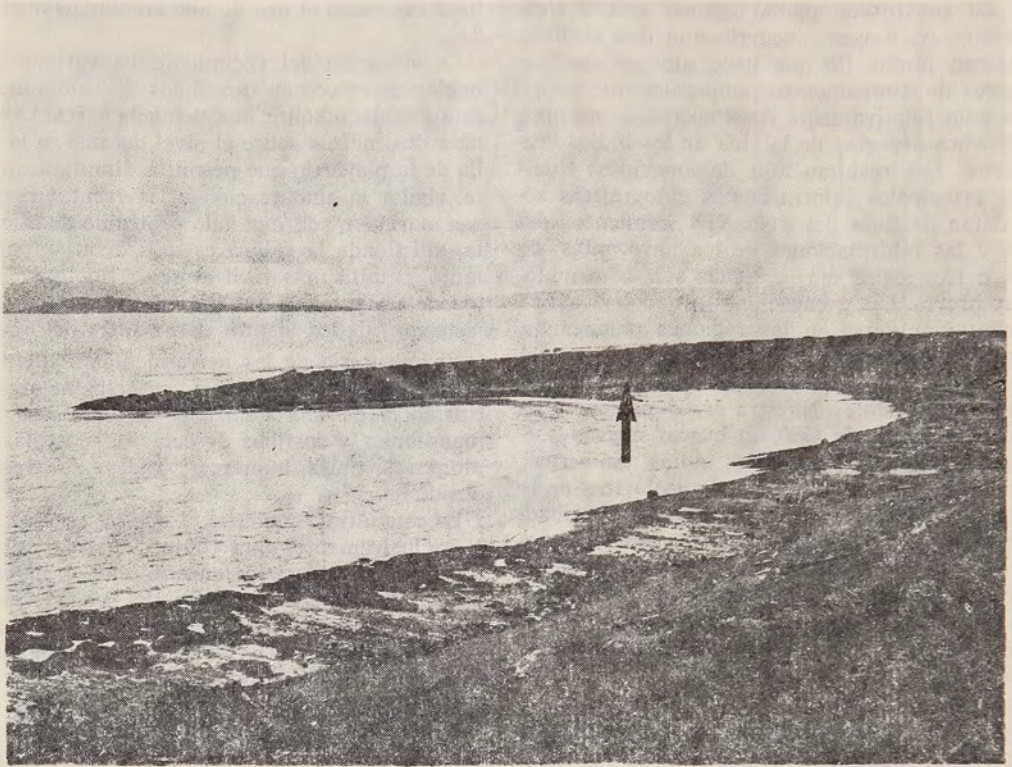


Fig. 2: La península de Punta Baja y el yacimiento arqueológico.

lar en la isla Englefield. El fechado obtenido del análisis de restos por el sistema del C 14 es de 5.500 años antes del presente y que concuerda con los antecedentes determinados por Ortiz-Troncoso para Punta Santa Ana y Bahía Buena. Las diferencias de la época histórica no parecen fundamentales desde el punto de vista funcional y, por lo tanto, tecnoeconómico (un arpón siempre sirve de arpón), aun cuando en su morfología estos objetos presentan modificaciones muy características; se destaca especialmente que los arpones de base cruciforme de las épocas antiguas han sido reemplazados por arpones de espolón simple en los yacimientos recientes y asimismo la forma de las puntas varía en la época moderna, particularmente, con el desarrollo de un fino pedúnculo en su extremidad proximal. Por el contrario, se constata que la decoración bajo la forma de grabado y de bajo-relieve en los arpones antiguos (de Englefield o de otro yacimiento situado en las orillas del canal Beagle: Lancha Packewaia), luego desaparece totalmente.

Desde el punto de vista económico, el estudio de los vestigios de fauna del campamento de Punta Baja ha permitido reconstituir el régimen alimentario de sus habitantes. Allí fueron

consumidos, como mínimo, setenta lobos de un pelo (*Otaria flavescens*), dos delfines, ciento setenta y cinco aves, la carne correspondiente a ciento sesenta kilogramos de conchas de mariscos (choros, lapas, mauchos), lo que representa una permanencia mínima de varios meses para una familia de seis a ocho personas, tal como lo atestiguaran los navegantes. Sin embargo, sabiendo, por estos últimos, que nunca los indios nómades permanecían por más de algunas semanas en un mismo lugar debido al agotamiento de los recursos, resulta, como inevitable conclusión, que el yacimiento de Punta Baja debió ser un lugar de reiteradas ocupaciones (unas veinte o treinta, por lo menos). El descubrimiento de varios amontonamientos de residuos y de varios fogones diferentes prueban igualmente esta repetición de ocupaciones sugerida por la etnografía.

Las escasas excavaciones antiguas practicadas en los archipiélagos de la Patagonia (Englefield, Bahía Buena, Punta Santa Ana, Lancha Packewaia) ponen en evidencia una economía similar, fundada siempre en la caza de mamíferos marinos. Las excavaciones que acabamos de emprender en el antiguo yacimiento de Bahía Colorada (isla Englefield) nos ha permitido volver a

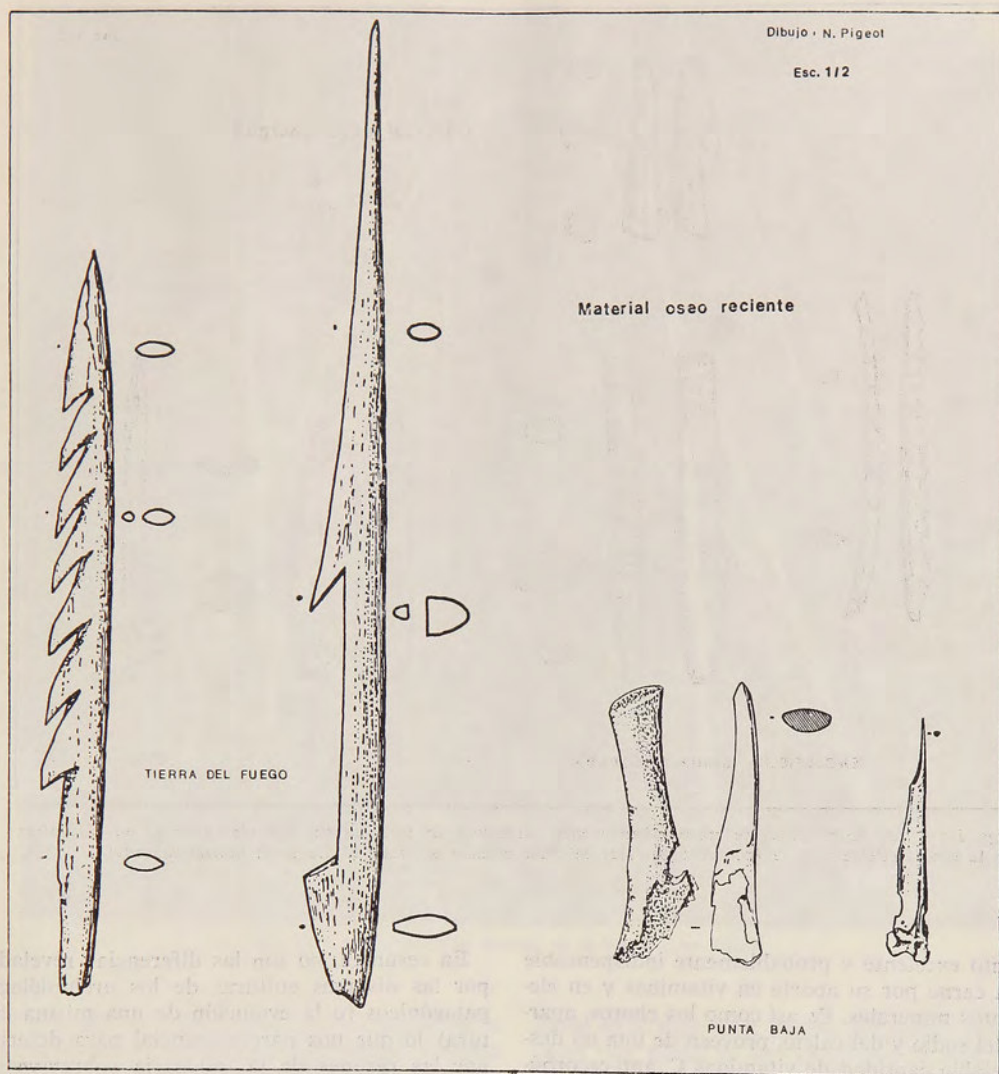


Fig. 5.

encontrar, prácticamente, todas las especies cazadas varios milenios más tarde en Punta Baja: lobos marinos, delfines, aves marinas, conchas de moluscos, unos pocos cérvidos, etc. Es probable que el estudio cuantitativo detallado en estos diferentes regimenes alimentarios haga aparecer algunas diferencias entre los yacimientos. Pero fundamentalmente la economía es la misma y las diferencias que pueden esperarse se originarían tanto por particularidades propias de las estaciones (predominio de una determinada especie en una estación dada) como por una evolución cronológica.

La alimentación de los indios "canoeros" era, pues, esencialmente cárneo. Sólo algunas bayas (en especial de *Berberis buxifolia*) algunas ca-

llampas y apio (*Apium australe*) podían proporcionar, ocasionalmente, un pequeño aporte vegetal.

Tal desequilibrio alimenticio en favor de los lípidos y de los prótidos habría acarreado, según las normas dietéticas, graves carencias alimentarias, sobre todo, en glúcidos y vitaminas. En realidad parece que se hubieran desarrollado fenómenos compensatorios en el organismo de los indígenas. En particular, su metabolismo de las grasas habría podido ser excepcionalmente eficaz como en los esquimales (Cf. L. J., Nardi in Orquera et alii 1977) lo que les habría permitido absorber, con provecho, una gran cantidad de lípidos. Por otra parte, nos ha parecido que los mariscos proporcionaban un comple-

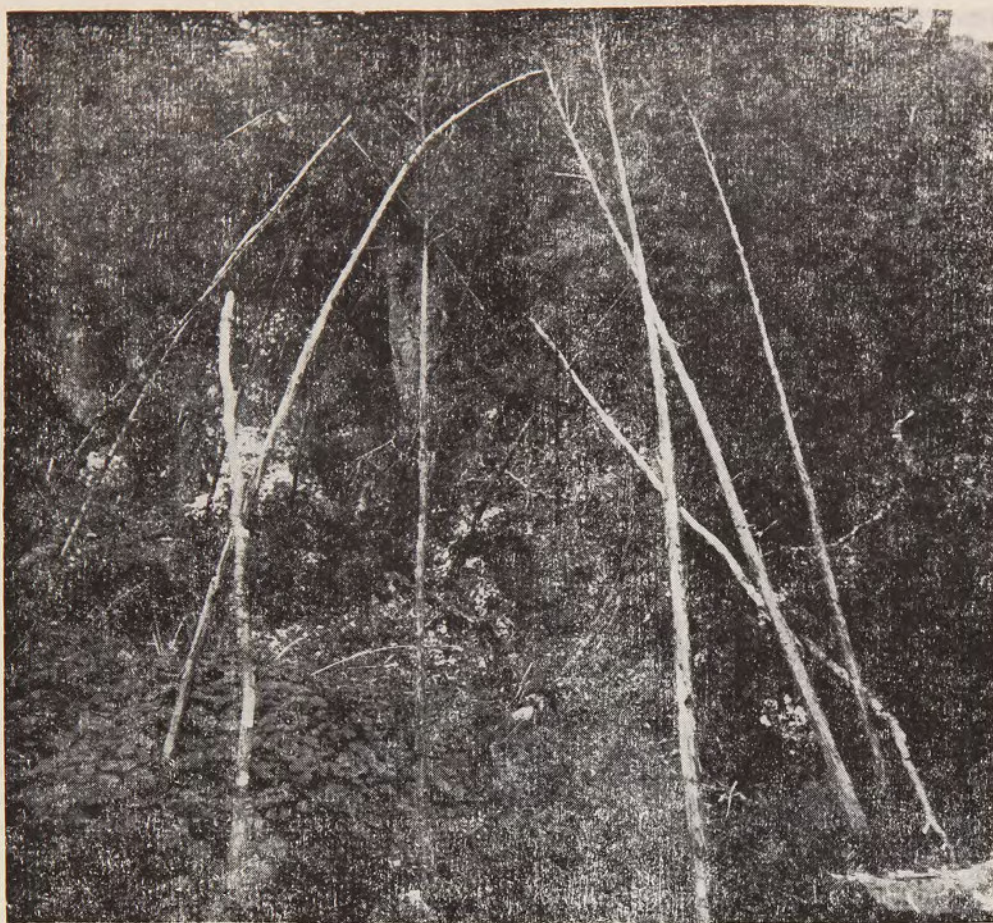


Fig. 5: Armazón de choza reciente en el Fiordo Silva Palma.

nios de contactos entre estos dos grupos, en la época histórica, apenas si relatan casos aislados de esclavitud de alacalufes capturados por los tehuelches, y los indios "canoeros" parecen haber sobrevivido sólo gracias a su aislamiento en un mundo marítimo inaccesible para los indios "a pie".

La última prueba de su fragilidad está dada por su actual extinción. En efecto, contrariamente a las grandes tribus de América, tanto del Norte como del Sur, los indios de los archipiélagos no sufrieron las metódicas agresiones de los colonos blancos, puesto que su territorio líquido no podía suscitar envidias como las grandes praderas de los Estados Unidos o de Argentina. Su desaparición se debió sólo a agresiones secundarias o indirectas a las cuales una población de equilibrio económico y demográfico más sólido hubiera quizás, podido resistir: introducción de enfermedades nuevas, desequilibrio ecológico provocado por la caza indiscriminada de

lobos en el siglo XIX, raptos ocasionales de mujeres por parte de los cazadores de nutrias y de lobos, provenientes de Chiloé y Punta Arenas y finalmente intentos humanitarios pero desastrosos de los misioneros para agrupar, en reservaciones, a los indios sobrevivientes, negando así el fundamento mismo de su modo de vida, el nomadismo marino.

FUENTES DE CONSULTA

CURRENT ANTHROPOLOGY, I, 1960: *A First Report on a 1959 Expedition: "Response to cold by the Alacaluf Indians"*.

EMPERAIRE, J., 1955: *Les Nomades de la Mer*. Gallimard, Paris.

EMPERAIRE, J. et LAMING, A., 1961 "Les gisements des îles Englefield et Vivian dans la

mer d'Otway, Patagonie australe". *Journal de la Société des Américanistes*, t. 50: 7-75, Paris.

GUSINDE M., 1974: *Die Feuerland-Indianer III, I. Die Halakwulup. Von Leben und Deken der Wassernomaden in West-Patagonien*, Verlag St. Gabriel, Mödling bei Wein.

LEGOUPIL D. 1980. "Reconocimiento arqueológico en la costa sur del Seno Otway". *Ans. Inst. Pat.*, vol. 11, 91-99, Punta Arenas.

LEGOUPIL D. 1983. "Indígenas en el mar de Otway: arqueología y etno-historia". *Actas del Primer Congreso de Historia de Magallanes*, 107-119, Punta Arenas.

ORQUERA L. A. 1977. "Lancha Packewaia: ar-

queología de los canales fueguinos". Ed. Huemul, Buenos Aires.

ORTIZ-TRONCOSO, O. 1978. "Punta Santa Ana et Bahía Buena: deux gisements sur une ancienne ligne de rivage dans le Déroit de Magellan". *Journal de la Société des Américanistes*: 133-203, Paris.

ORTIZ-TRONCOSO, O. 1981. "Inventory of radiocarbon dates from southern Patagonia and Tierra de Fuego". *Journal de la Société des Américanistes*: 185-212, Paris.

ZAMORA, E. y SANTANA, A. 1979. "Características climáticas de la costa occidente de la Patagonia entre las latitudes 46°40' y 56°30' (S)". *Ans. Inst. Pat.*, vol. 10: 109-144, Punta Arenas.